

Presentación del libro de Jaime Nubiola *Invitación a pensar*. Madrid: Ediciones Rialp, 2009.

## **Brenda Sánchez Aguirre**

Quinta Gameros, Chihuahua, 27 de enero del 2010

### **En realidad son tres invitaciones**

Antes que nada, quiero agradecer a mi compañero y amigo Heriberto Ramírez por invitarme a presentar el más reciente libro de una persona que nos ha enseñado mucho, no sólo a través de sus libros, cursos o conferencias, sino también con su trato y sencillez al ofrecernos su amistad.

Sigo ahora con la expresión de mi profunda gratitud a Jaime Nubiola, por su especial disponibilidad para el diálogo, su trato cordial, sus pláticas amenas, sus respuestas amables y la confianza que inspira con la claridad de sus escritos. Todo ello motiva a permanecer con apertura para la reflexión y al aprendizaje.

Algo que he aprendido y que también agradezco de Heriberto es la idea de que la presentación de un libro debe despertar la inquietud de otros para leerlo. Más que un evento con repercusiones académicas, presentar un libro es la posibilidad de que nuestro discurso haga que el texto adquiera vida y despierte necesidades de comprensión al ser compartido. Por esta razón, espero que mis comentarios sobre *Invitación a pensar*, el libro de Nubiola, no sólo sirvan ahora para su venta –que por sí solo se vende- sino para que también lo lean; para que se motiven a la comprensión del mismo y de su contenido y que promuevan la tarea intelectual a la que nos invita: a pensar.

Son varios los textos de Jaime con los que he podido reflexionar sobre diversos temas pero creo que uno de los más importantes aprendizajes de todos ellos ha sido el de comprender que la lectura debe ser una experiencia para disfrutarse, no para sentirnos estresados, y que por lo mismo, no debe hacerse con prisa. De forma particular, en las primeras páginas de *Invitación a pensar* se encuentra la siguiente aclaración: “*No es este ... un libro para ser leído de un tirón, sino que más bien hay que leer solamente un artículo cada vez y después pararse a pensar un rato y – si fuera posible- a escribir otro rato para expresar el propio parecer.*” (p. 14)

Quiero relacionar esta cita con la idea que expresa el título de mi presentación: *En realidad son tres invitaciones*. Digo que son tres porque nos invita a leer bien, de forma detenida, “... un

*artículo cada vez...*”, como debiera ser cualquier lectura; a detenernos a pensar un rato, es decir, a reflexionar; y a expresar el producto de nuestra reflexión, a escribir sobre nuestro parecer.

Lo que puedo comentar sobre el primer ejercicio, el de leer *Invitación a pensar*, es que se trata de un libro con textos breves en los que el autor expone su propia reflexión sobre diversos temas de la vida que, por ser cotidianos, a veces no nos preocupan o no consideramos de interés para realizar un análisis profundo. Hablar sobre las inquietudes de la gente joven, sobre algunos estilos de vida que resultan ya ordinarios – como el comprar, las distinciones entre lo virtual y lo real, o nuestra relación con el clima, sobre el sexo y el amor, o sobre la familia-, son asuntos, que a veces, sólo forman parte de charlas de café con los amigos. Pero ignoramos que precisamente de esas charlas surgen reflexiones que bien merecen ser publicadas, porque nos hicieron pensar por encima de lo superficial y porque pueden servir para que otros desarrollen su propio pensamiento.

Este es un aspecto que admiro de los trabajos de Jaime Nubiola. Con sencillez y claridad nos hace pensar en que el ejercicio de la vida intelectual no está fuera o no tiene por qué ir más allá de los asuntos que debemos resolver en la vida práctica. Los problemas o las preocupaciones ordinarias - como las de una madre interesada en lo que comen sus hijos o las de un profesor que busca un modo para impactar en sus estudiantes con la finalidad de que aprendan - son temas que siempre son y merecen ser pensados y, además, llevan a una reflexión que bien puede ser profunda.

Esto me lleva a considerar la segunda y la más clara invitación del texto, que se encuentra desde su título: detenernos a pensar. Esta tarea, que va de la mano o es la misma que la de reflexionar, a lo mejor es de las más difíciles, porque exige el compromiso de tomar decisiones que propicien un cambio. Pero por lo mismo dice Nubiola que *“Nuestro mundo necesita gente que piense por su propia cuenta y riesgo...”*.

Por lo general, procuro decirles a mis alumnos que pensar o reflexionar es como verse en el espejo, en este caso en un espejo intelectual. Es tarea difícil porque cuando lo hacemos con detenimiento, de manera profunda, no superficial, siempre se siente la necesidad de cambiar algo. Así como sucede cuando vemos nuestro reflejo ante el espejo físico, que siempre encontramos algo que debe ser mejorado o reforzado de nuestra imagen. Igual sucede cuando observamos el reflejo intelectual de las ideas: sentimos el deber de cambiarlas porque reconocemos que son las que orientan nuestras acciones y condicionan el modo en que nos relacionamos con los demás.

Mucho podría hablar del modo en que los artículos de Jaime me hicieron colocarme y verme ante un espejo intelectual. Sin embargo, por tratarse de mi propio espejo y por falta de tiempo, será mejor comentar sólo uno de esos momentos que me resultaron más impactantes, en la medida en que tuvo que ver con mis propias preocupaciones y me hizo pensar para manifestar mi desacuerdo.

*La gente joven* fue uno de los que más me impactó porque, aunque mis alumnos lo duden, aún puedo decir que soy joven y sentirme como tal, después de casi diecinueve años de docencia, lo que debo precisamente a ellos. Se trata en un artículo estimulante, de catorce páginas (de la 35 a la 48), con cinco secciones: *Vivir de estreno*, *Los nuevos románticos*, *El imperio de la diversión*, *¿Piensan los jóvenes?*, y *El estudiante y la gestión del tiempo*.

Esta es una lectura para todos los que nos sentimos jóvenes y me encantaría sobre todo que lo leyeran mis alumnos, para que expresaran su sentir y me apoyaran en algunos de mis puntos de reflexión, porque se toca un punto en el que no estoy de acuerdo con el autor, al menos en parte. En la página 43, que forma parte de la sección *¿Piensan los jóvenes?*, Jaime afirma que “... *el estilo de vida juvenil es notoriamente superficial y efímero: es enemigo de todo compromiso. Los jóvenes no quieren pensar porque el pensamiento – por ejemplo, sobre las graves injusticias que atraviesan nuestra cultura- exige siempre una respuesta personal, un compromiso sólo en dispuestas ocasiones están dispuestos a asumir.*”

Espero que esta cita despierte polémica, al menos entre mis estudiantes, porque entre ellos siempre hay quienes me han dado motivos para seguir confiando en la capacidad de reflexión y de compromiso entre los jóvenes, e incluso muchas veces es más fuerte que la de gran cantidad de adultos. No estoy de acuerdo con esta cita porque en el ímpetu juvenil, a veces asociado en forma errónea con la falta de pensamiento, encuentro la emoción necesaria para emprender una reflexión profunda y la pasión para asumir el compromiso.

Lo que puedo decir ante esto es suele suceder que algunas personas que ya se consideran “adultas”, muchas veces juzgan a los jóvenes de “que no piensan” cuando no lo hacen como ellos, o sus pensamientos no van de acuerdo con lo que ellos quieren que piensen. He observado que ser adulto muchas veces implica encasillarse en cierto contenido y en un modo específico de pensar, lo cual entorpece la comunicación con los jóvenes. Se insiste en que el joven tiene que escuchar el discurso del adulto y aceptar sus ideas como absolutas. Esto es un acto unilateral porque no se les enseña la tarea de “escuchar” con el ejemplo; el adulto pretende ser escuchado pero no escucha la voz de los jóvenes... Y claro que piensan, pero siempre resultan obligados a escuchar el discurso del adulto, aunque no estén de acuerdo con él, misma obligación que les aleja del deseo de profundizar sobre lo que se les dice. Escuchar de verdad

implica pensar en lo que el otro dice y renunciar a lo que yo digo, con el propósito de entenderlo para llegar a un acuerdo...

El problema con los jóvenes es que no renuncian a lo que dicen ellos mismos porque se les haya convencido de una opinión mejor, sino porque se les impone un discurso que se presenta como “superior y absoluto”, ante el que no hay posibilidad para el desacuerdo y menos para la réplica. Ante este panorama es posible comprender que muchas veces haya “falta de compromiso”.

Me atreví a expresar mi opinión sobre este pequeño apartado, como un ejemplo de la posibilidad de entrar en desacuerdo con el autor. Porque Nubiola nos invita a pensar sobre su pensamiento y a decirle cuando no estemos de acuerdo. Recomienda leer con un lápiz en la mano y subrayar lo que nos guste así como indicar con un NO lo que no nos parezca de sus escritos. Sin embargo, reconozco que mi punto de desacuerdo se reconcilia cuando al final del apartado que comento, Nubiola dice: *“No se trata de malgastar nuestra enseñanza lamentándonos de la situación de la juventud actual, sino que más bien hay que hacerse joven para llegar a comprenderles y poder establecer así un puente afectivo que les estimule a pensar.”* (p. 45)

Esto es una de las cosas por las que considero que Nubiola es un gran pensador, porque nos reta y nos invita a pensar por nuestra cuenta y no a que reproduzcamos su propio pensamiento.

Para concluir, deseo hacer énfasis en la tercera invitación implícita en el texto de Nubiola: escribir nuestro propio parecer. La he aceptado al expresar algunos comentarios mediante este escrito. Pero si realmente he aprendido algo del libro con sus tres invitaciones, más me vale seguir pensando y seguir expresando mi pensamiento con la manifestación de mi propio compromiso con la vida intelectual.

Escribir es vivir lo pensado y pensar es, ante todo, un acto que nos invita a ser anfitriones del habla y del pensamiento de otro. Y como todo buen anfitrión, quien piensa ofrece lo mejor que tiene para que el invitado se sienta cómodo y, en un acto de apertura, aprende de lo que el visitante trae para ofrecerle. Esa es la hospitalidad profunda que exige el pensamiento, esa es la hospitalidad con la que hoy celebramos y dialogamos con el libro de Jaime Nubiola.